

# Luis y Edelmiro

( CUENTO )

por Adolfo LEIBAR



Y allí llevaba Luis, oculto en el portal, casi una hora. Hacía un frío terrible, “beltza”; de ése que obliga a enmudecer a los pájaros y a soñar con Alicante.

Y rumiaba sus pensamientos: ¿Qué culpa tengo yo de ser cobarde? ¿Quién ha establecido en esta tierra que las discusiones de honor tengan que ventilarse a golpes? ¿Siempre tiene que ser así? ¡Manía de menor fundamento, no habrá!

La calle estaba vacía, silenciosa. Un gato furtivo que iba a lo suyo cruzó como una exhalación. Y no era febrero; era una noche fría de enero, pero ya es sabido que para los gatos siempre es febrero.

El corazón le latía desenfrenado y turbulento; lo oía desde fuera: ¡Zamba, zamba!, sonando como martillazos de fragua y haciéndole casi daño, allá dentro.

¿Por qué tenía que ser precisamente así? ¡A golpes! Si él era cobarde porque resultaba muy debilucho, no había otra razón. ¿Cómo iba a meterse con Edelmiro, que era una bruta bestia, le aventajaba en dos palmos de estatura, pesaba el doble, tenía unas manos inmensas con unos dedos tan gordos que le resultaba imposible sacar una cerilla de su caja, tenía que echarlas todas sobre la palma? Edelmiro era un matón de campeonato que disfrutaba con las camorras. Pero no podía consentirlo. Tenía medida cierta de sus posibilidades físicas que le aconsejaban juiciosa y formalmente no participar en la más leve reyerta, y eso, en donde el baremo de la hombría era la fuerza, le metía de lleno en el saco de los cobardes. Pero que Edelmiro, que fue su amigo, se metiera con su padre, denigrándole delante de todos, ridiculizándolo: ¡Eso no lo podía consentir! Si la cosa hubiera sido contra él. ¡Todavía! Pero contra su padre... Había que tomar cumplida venganza contra aquel fanfarrón y aplacar así el odio que ahora sentía. Claro que podía haberle denunciado, pero esto suponía el que sus amigos no le volvieran a dirigir la palabra, pues, sin saberse su razón fundamental, estaba muy mal visto eso de denunciar. Así que, a lo simple: con un par de garrotazos bien asestados, aunque fuera con alevosía y nocturnidad —a él no le quedaba otra alternativa—, podría quedar arreglado el asunto.

Sonaron las doce y “el cierre” oficial de las tascas era

a las dos. Como acostumbraba en todo, hoy también había acudido con tiempo de sobra. Esta vez quería ser, con más razón que nunca, puntualísimo.

Y el corazón le seguía: ¡Zamba, zamba!, repartiéndole sangre hasta las uñas y el pelo y le ofuscaba la mente.

Al fondo de la calle distinguió la silueta de un sereno que la recorría rápidamente, como huyendo del frío, pegando con su salchicha en todos los bajos. Y Luis retrocedió hasta el fondo del portal para que no le viera.

¡Bum! El porrazo en la puerta le advirtió que el representante de la Ley había pasado. Y volvió al lugar escogido de antemano. Desde allí dominaba perfectamente la casa de Edelmiro, en cuyo tejado helado colgaban, perpendiculares a la calle, afilados carámbanos como puñales, que luego, con el sol del mediodía, se desharían en agua. ¡Qué fuerza tenía el sol! Desde luego, bastante más que Edelmiro; más que todos los Edelmiros juntos, e incluso Josemaris, del mundo. Si él pudiera ser Sol siquiera por un ratito. ¡Menuda insolación la que iba a coger Edelmiro!

Temblaba en estrecho matrimonio de frío y miedo. Estaba totalmente decidido a hacerlo y tenía mucho miedo, pero su odio lo superaba todo. Ahora comprendía un poco a los toreros.

Lo estuvo pensando durante varios días, esforzándose en razonar friamente. Se decía:

Edelmiro no es cobarde porque está dotado de una fuerte musculatura, lo que le hace pensar —si es capaz de ello— que, si la tiene, es para usarla. Pero también tiene su debilidad, su talón de Aquiles. Claro que esto del “Talón de Aquiles” Edelmiro no sabe lo que es, porque es un ignorante y un bobo... pero tiene su talón: ¡Los sábados! ¡Los benditos sábados de Edelmiro en los que se pone como una cuba! Y yo seré débil, pero todos los días del año permanezco sobrio. Sí, tendré que hacerlo un sábado porque lo que dijo contra mi padre no se lo consiento. Y si él se conduce y hace lo que quiere abusando de la fuerza de sus puños, yo lo haré aprovechándome de su debilidad, de su “Talón”, del sábado de Edelmiro.

Y esto era lo que había llevado a nuestro Luis al portal, en donde, con una robusta estaca de acebo entre sus manos, y dispuesto a usarla contra quien ya sabemos, se hallaba rumiando aquellos pensamientos sobre los que últimamente había cavilado tanto y tan profundamente. ¡Venga a darles vueltas como una noria! Llegó a estar tan obsesionado con la idea, que en ocasión de su última comida, súbitamente, se encontró sorprendido porque había formado la palabra “EDELMIRO” —en mayúsculas— con la sopa de letras que estaba tomando. Y en seguida la destruyó... pero esto era muy fácil.

El frío era cada vez más intenso y le hacía temblar de tal forma que hasta los dientes le sonaban a castañuelas.

Sonó inesperadamente la una y se fue rauda cuando, en la esquina de la calle, se divisaron varias figuras. ¡Mala suerte! Seguro que es Edelmiro con su cuadrilla —pensó—. ¿Y quién se mete contra tantos? ¡Si fuera él solo! Pero no, eran unos eufóricos marinos que, agarrados del hombro, punteaban unas ininteligibles canciones producto de una copiosa cena y sus correspondientes libaciones.

¡Los marinos! ¡El mar! Qué frases más curiosas se había dicho sobre el mar. Le gustaba mucho aquella de: “Arar en la Mar”. Que se parecía mucho a aquella otra de: “Construir castillos en el aire”. ¡El Mar!, ¡la Mar!, como la llamaban los marinos. ¿Por qué llovía en la mar? ¿Había algo más sin sentido y absurdo? Sí, la maldita manía establecida

en el País de tener que arreglar las cuestiones de honor a golpes. ¡Vaya una solución! Cuánto mejor, más digno y honorable que todas estas cuestiones se pudieran arreglar jugando una partida de ajedrez por ejemplo o incluso de "toka", sin ir más lejos, mucho más colorista y folklórica.

¡Frío, frío! El odio le calentaba la cabeza y el frío le helaba los pies.

¡Qué larga se le estaba haciendo esta espera! Según sus cálculos, Edelmiro —¡vaya nombre!, el adecuado, desde luego— saldría de la tasca "al cierre", expulsado, como siempre, y se demoraría un cuarto de hora o media hora, dependía del cargamento, hasta que pasara por delante.

¿Qué pasaba ahora? Su ánimo se hallaba alerta, presto a observar cualquier alteración. Unos papelitos que había en la calle comenzaron a revolotear. ¿Sería provocado por el taxi que pasaba rauda, repleto de los marinos y sus canciones? ¡No! Otro ramalazo de aire que sacudió con fuerza el polvo, elevándolo, y el inesperado goteo que desprendían los carámbanos de casa de Edelmiro, testimoniaban que el templado viento Sur había hecho irrupción barriendo con su potente escoba el bajo cero.

¡Tan, tan! Las dos. Ya no tenía frío ni impaciencia, ni tampoco oía a su corazón. Se encontraba más sosegado. La espera ablanda —pensó por un momento, pero sin abandonar el garrote—.

De pronto, allá, al final de la calle, una figura zigzagueante cantando: "¡No hay más empuje; no hay más empuje!", parece decir. Y ¡zás!, la figura que se estrella contra una esquina que, seguidamente, recibe el eco de una sonora maldición que el viento Sur se encarga de esparcirla generosamente por toda la calle. Sí, ahora ya no cabe ninguna duda. ¡Es Edelmiro! ¡No puede ser otro más que el bestia de él! Y Luis, contemplando fijamente, como hipnotizado, su inseguro caminar, aprieta entre sus manos, instintivamente, la estaca justiciera.

Unos pasos inseguros, tropezón y ¡cataplún! La figura que se coloca paralela al suelo. Pasan unos segundos y la figura comienza a intentar despegarse del suelo que se le adhiere como una ventosa. Le cuesta, pero, al fin, aureolada de resoplidos y gruñidos extraños, lo consigue.

Ahora, avanza precavido con los brazos extendidos como un sonámbulo y pegando con sus flancos la pared. Ya no canta, refunfuña algo así como: "No hay más empuje, no hay más empuje", haciendo reclinarse sus dientes.

Al pegar con su cabezota contra una persiana suena como una descarga y se queda dubitativo un rato, con su pensamiento al relanté de tanto golpe, de tanto vino y de tanto Edelmiro como es, para, súbitamente, descargar un fuerte puñetazo que retumba potente como un trueno por toda la calle y obliga a que Luis apriete más la estaca, se le seque la boca y vuelva a sentir frío a pesar de que el Sur se ha enseñoreado totalmente del ambiente. ¿Dónde estarán ahora los serenos? ¡Dormidos, seguro! ¡Nunca aparecen cuando hace falta! Si ya saben muy bien que Edelmiro, todos los sábados, sin dejar uno solo, arma unas camorras imponentes! Y con esta serie de juiciosas reconsideraciones, atinados razonamientos, se encuentra Luis sin pretenderlo, sin darse cuenta. Se le han venido y los ha despachado en un apretado y acongojante segundo.

¡Miau! De nuevo, como una sombra, aparece el gato que regresa a su cubil; avanza lentamente, suavemente, deslizándose sobre sus zapatillas de seda natural. Se para, observa a Edelmiro, quien trata de endilgarle una patada y por poco se cae; luego, mira a Luis y sale bufando precipitadamente, no sin antes dirigirle el brillo fosforescente de su mirada como si tratara de acusarle. Luis siente un escalofrío que le recorre todo el cuerpo. ¡Malditos gatos! ¡Qué tendrán que echar ellos en cara a los demás si no son más que unos asquerosos sinvergüenzas!

La figura se va acercando; está ya muy próxima; es grande y ocupa mucho sitio —a Luis le parece que casi media calle—. Semeja un grotesco gorila bamboleándose y que va escupiéndolo y runrunea fuertemente, como una caldera a plena presión.

Ahora, cruza la calle para cambiar de acera, hacia donde

se halla Luis, que le observa fijamente, como electrizado; ni siquiera respira, no puede, le falta fuelle.

Hay que subirse a la acera —parece decirse Edelmiro, que se ha parado titubeante y torpe frente al bordillo—. Un pequeño esfuerzo y... lo rebasa pero, justamente, tropieza con el otro pie y se cae aparatosamente en una grotesca pirueta. Un golpe seco, que suena a árbol hueco y a tambor y un sordo mugido, son presagio de algo serio. La figura se ha quedado inmóvil en el suelo, despatarrada, como muerta. a dos pasos de Luis ¿Qué hacer? Luis sale corriendo, dejando caer en su precipitación la estaca y se acerca a Edelmiro, quien echa sangre a borbotones de una profunda herida en su cabezota y huele a alcohol agrio, a vino cocido, que da asco. Trata de restañarle la sangre con su pañuelo que, en seguida, se le queda totalmente empapado. ¿Dónde estarán los serenos? Y, ¿si vienen? ¡No, no! ¡Que no vengan ahora, que igual me echan la culpa! Trata de levantar a Edelmiro y no lo consigue; es como si quisiera levantar una tonelada de deslizante hielo. Hay que conseguir llevarle a su casa, que está a dos pasos, en el siguiente portal.

Edelmiro comienza a moverse; se halla conmocionado, pero entre sus reducidas fuerzas y las de Luis, que se multiplican de tal forma que hasta él mismo se asombra, puede, finalmente, incorporarse.

A trancas y barrancas consiguen llegar al portal de Edelmiro y antes de que Luis consiga pasarle el brazo sobre su espalda para ayudarlo a subir la pina escalera, presionado por el corpachón de Edelmiro que se ha escurrido sobre él, se empotra contra la pared de la que recibe la recompensa de un soberano chichón en la frente y unos fuertes rasponazos en la nariz. Y Luis también sangra.

Edelmiro —¡menos mal!— vive en el primer piso, a donde llegan después de denodados esfuerzos. En el descansillo, Luis le saca como puede la llave del bolsillo con la que abre la puerta de su casa en donde Edelmiro vive solo con su madre, que no vive y que sigue sin habituarse a los consuetudinarios sábados de su Edelmiro, a pesar de los que han sido.

Ahora hay que llegar al cuarto de Edelmiro, cuya situación ya conoce Luis de cuando eran amigos. ¡Ya está! Como puede, lo desnuda. Los dos se hallan tintos en sangre y también en vino, en el de Edelmiro. Por fin consigue meterlo en la cama y va a la cocina en donde toma agua y varios trapos para limpiarle la herida que todavía mana abundante; repite la operación varias veces tratando de curarle y evitar que se ensucie también la cama, pero esto último no lo consigue. ¡Está hecha un asco!

En el pasillo se oyen unos leves y apresurados pasos, de los de puntillas, de ballet. ¿Será la madre de Edelmiro? ¡Sin duda! Pues hoy es sábado y ya es sabido de todos que la madre de Edelmiro no duerme los sábados; eso sí, se acuesta, pero no duerme. Ha debido contemplar la escena desde la puerta y se ha marchado. Que el bestia de Edelmiro tenga una madre tan santa... —piensa Luis—.

Ha pasado bastante tiempo y ya no brota sangre de la herida que ahora se muestra carnosa, larga y roja como una sandía abierta. Edelmiro, poco a poco, va saliendo de su sopor y observa a su alrededor: ¡Hombre, si allí está el majadero de Luis, digno hijo del tonto de su padre! Pero... ¿Qué es lo que hace aquí este alfeñique? ¡Ah! sí, claro, como se había figurado él. Mira fijamente a aquella diminuta y canija muestra de hombre, toda sucia y despeinada, y con apretadas palabras que pugnan por salir de entre sus esponjosos labios que semejan dos moras silvestres, negros de haber dejado paso a tanto vinazo, a tanto tintorro, le dice con voz ronca y llena de amargo rencor: "¡Ya me parecía a mí, sí, que tenías que ser tú el que me empujaba! ¡Traidor, más que traidor! ¡Cobarde! ¡Pero ya te cogeré mañana!". Y Edelmiro, después de ésta, a todas luces improcedente dedicatoria, se queda dormido; dulce y apaciblemente dormido. Y Luis, en cambio, despierto, muy despierto, sale de casa de Edelmiro cuando justamente ¡tan, tan, tan, tan! están sonando las cuatro. Y a pesar del templado Sur, Luis va temblando... tiritando.